

Ares y Mares

NICOLA GARDINI

¡VIVA EL

LATÍN!

HISTORIAS Y BELLEZA DE UNA

LENQUA

INÚTIL

CRÍTICA

Nicola Gardini

¡VIVA EL LATÍN!
Historias y belleza
de una lengua inútil

Traducción castellana de
Carme Castells
y Virgilio Ortega

ARES y MARES

Primera edición: noviembre de 2017

¡Viva el latín! Historias y belleza de una lengua inútil
Nicola Gardini

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Viva il latino. Storie E Belleza Di una Lingua Inutile*

© Nicola Gardini, 2016

© de la traducción, Carme Castells y Virgilio Ortega, 2017

Para la traducción de esta obra se han tenido en cuenta el latín y la traducción del propio autor en italiano, además de las grandes traducciones existentes en español, que hemos adaptado a los criterios del libro para que el lector pueda seguirlas mejor comparándolas con el latín. (*N. de los t.*)

© Editorial Planeta S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-17067-46-5
Depósito legal: B. 23.612 - 2017
2017. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

1

UNA CASA

«No sin alguna vanagloria yo había iniciado en aquel tiempo el estudio metódico del latín.»

JORGE LUIS BORGES¹

¿Cómo nace el amor a una lengua? ¿Cómo nace el amor al latín? El latín me ha apasionado desde niño. No sé exactamente por qué. Si intento comprenderlo, acabo por encontrar como mucho algún recuerdo, que no coincide necesariamente con una causa. Es difícil explicar un instinto, una vocación. Pese a todo, sí puedo contar una historia.

El latín me ha ayudado a emanciparme de la familia, a encontrar la senda de la poesía y de la escritura literaria, a avanzar en los estudios, a enamorarme de la traducción, a dar a mis diversos intereses una dirección común y, por último, a ganarme la vida. He dado clases de latín en la New School de Nueva York, en el liceo Verri de Lodi y en el liceo Manzoni de Milán, y aún hoy, en Oxford, donde imparto clases de literatura del Renacimiento, lo practico cotidianamente, porque el Renacimiento no puede pensarse sin el latín. En mi juventud hallé en él un amuleto y un escudo mágico, un poco como Julien Sorel, el protagonista de *Rojo y negro*. En las casas de mis amigos ricos no quedaba mal precisamente porque se sabía que era bueno en latín. Cuando, recién licenciado en letras clásicas, empecé el doctorado en literatura comparada en la New York University, lo que más apreciaron de mí los profesores americanos fue el conocimiento del latín. Solo entonces, en aquel mundo americano, en el que presentarse a sí mismo contaba más que decir el nombre de la propia familia, comprendí verdaderamente lo

afortunado que era. Gracias al latín no he estado solo. Mi vida se ha ampliado siglos y ha abrazado más continentes. Si he hecho algo bueno por los demás, ha sido gracias al latín. Lo bueno que me he dado a mí mismo, sin lugar a dudas, lo he obtenido del latín.

El estudio del latín me ha acostumbrado hasta ahora a pensar también mi lengua por sílabas y sonidos discretos. Me ha enseñado la importancia de la música verbal; por tanto, el alma misma de la poesía. Las palabras que siempre he empleado comenzaron, en cierto momento, a descomponerse en la cabeza y a arremolinarse, como pétalos en el aire. Gracias al latín una palabra italiana valía por lo menos el doble. Bajo el jardín de la lengua cotidiana estaba la alfombra de las raíces antiguas. Descubrir —recuerdo bien aquella mañana de octubre en el cuarto curso de secundaria— que «jornada» y «día» son parientes, aunque a primera vista no lo parezca; que la primera deriva de un *diurnus*, que es el adjetivo de «dies» (la palabra latina para «día»), y que el segundo deriva precisamente de aquel «dies», y que, por lo tanto, «diurno» etimológicamente es lo mismo que «jornada», equivalió al descubrimiento de una puerta secreta, fue como pasar a través de los muros... Y, una vez llegado al otro lado, vi que también «hoy» tiene algo que ver con «jornada» y «diurno» y, por tanto, con «dies»: procede, de hecho, de *hodie*, que está compuesto por «ho-» (del demostrativo «hic», «este») y «-die» (literalmente, «en este día»). Y así, «mediodía» (de un *meridies*) y «cotidiano» (de un *cotidie*). Y también, quizá, el nombre del mismo padre de los dioses, «Júpiter», es decir, «Dies-piter», documentado, por ejemplo, en Horacio, *Odas*, I, 34, 5: el padre del día, donde, por cierto, «Dies» parecería el equivalente etimológico del griego «Zeus». Aquella pequeña raíz «di-», una vez identificada, permitía enlazar lo cotidiano (precisamente) y la mitología, el presente y la Antigüedad más arcaica y sagrada. (No, lamentablemente la palabra inglesa «day» no pertenece a la misma familia. He aquí un caso de semejanza engañosa. Por cierto, en inglés, «Fred» no significa «frío» y «cold» no significa «cálido».) Esta multiplicidad de sentidos, si bien por una parte exigía precisión y profundidad histórica y fe en el significado más recóndito y en el poder de la etimología, por otra me acostumbraba a la matización capciosa, al esplendor figurativo y, por tanto, también a la ambivalencia, a la eva-

nescencia, al nimbo, a decir dos o incluso tres cosas en una. He aquí el ideal que aún estaba formando confusamente entre los pupitres del instituto: escribir en una lengua diáfana, pero «abismal».

Cuando era niño, el latín me atraía porque era antiguo, y la Antigüedad siempre me había gustado; o, mejor dicho, ambos me proporcionaban un placer muy especial, una genuina aceleración del latido cardíaco, algunas imágenes de la Antigüedad, como las pirámides, las columnas de los templos griegos o las momias del Museo Egipcio de Turín, que visité en un viaje de estudios. Recuerdo también que mi tutor de tercero de primaria nos hablaba de la *domus*, la casa patricia, y de las *insulae*, las casas de la gente corriente. Descubrí que mi familia y yo habitábamos en una *insula*.

Solo en séptimo curso tuve un verdadero libro de latín, en el que la *domus* estaba muy bien descrita. Y así aprendí también algunos términos arquitectónicos, mis primeras palabras en latín: *impluvium*, *atrium*, *triclinium*, *tablinum*, *vestibulum*, *fauces* (entonces ignoraba que esta terminología procede del libro de Vitrubio, uno de los más influyentes de la historia). ¡Qué maravilla una casa que deja que la lluvia entre por un agujero del techo y la recoge en una cisterna, que tiene columnatas y aposentos sobre aposentos; una casa en la que nadie se encontraba, de lo grande que era! Eso es: estudiar latín se identificaba, en mi caso, con un afán —por decirlo de alguna manera— de progreso socioeconómico; con el sueño de una casa magnífica. Dicho de manera más concreta: el latín se convirtió en mi imaginación en un espacio en el que vivir felizmente; en *el* espacio feliz. Y ese espacio no estaba solo en mi interior: incontenible, lo exteriorizaba con el dibujo, en todas partes trazaba planos de *domus*, bajo la mirada estupefacta de los míos (que intentaban justificarme diciéndose que de mayor sería arquitecto), y en cada recuadro escribía el término que designaba la finalidad prevista, y estaba seguro de que un día *realmente* también yo podría tener mi *domus*.

Al fin y al cabo, en aquella época el latín no podía darme otra cosa. Había dejado de ser una asignatura obligatoria en las escuelas de secundaria en 1977, el año en el que yo iba a empezar el instituto. La estupenda profesora Zanframundo seguía destinándole una horita al latín, más por costumbre que por convicción, aunque no esperaba gran

cosa de los alumnos. Aprendí la primera y la segunda declinación yo solo, exclusivamente por amor, sin esforzarme demasiado en comprender la función lógica de las distintas desinencias. Pero qué alegría simplemente por saber el nombre de los casos: nominativo, genitivo, dativo, acusativo, vocativo, ablativo.

Ahora que lo pienso, sobre mi fantasía actuó al menos otro tipo de sugestión: el ejemplo de mi madre. En el fondo, puedo afirmar que, aun antes de conocerlo, consideraba el latín como una lengua si no propiamente materna (como lo fue para Montaigne, quien, según explica, lo hablaba incluso antes que el francés), sí al menos me resultaba natural y afectiva. De niña, antes de emigrar a Alemania, mi madre pasó una época con las monjas, en Aquila degli Abruzzi, y allí aprendió alguna plegaria en latín: el *Requiem aeternam* (que durante toda mi infancia creí que se escribía «requeie meterna», el *Pater noster*, el *Ave Maria*... Esto bastaba para convencerme de que mi madre sabía latín. Sin embargo, ella no decía que lo supiera; de hecho, decía que no acababa de comprenderlo, que ella, como todas sus compañeras, había aprendido a repetir como un loro lo que cada día oía en misa, mañana y tarde, ¡y quién sabe cuántas blasfemias involuntarias pronunció sin querer! (Como nos recuerda Gian Luigi Beccaria, «Los incultos siempre han entendido mal el latín de la misa. Incluyendo a los sacerdotes».)² Pero yo no le pedía que dejase de recitar como un loro; por incomprendible o deformado que estuviese, aquel latín hacía que para mí fuese suficientemente experta; gracias a la práctica de aquellos sonidos absurdos se convertía a mis ojos en la magnífica madre de la también magnífica casa que yo habría construido posteriormente con las meras palabras de Vitrubio.

El latín lo aprendí en el instituto de enseñanza secundaria clásica, donde al final logré matricularme tras una encarnizada lucha contra las prohibiciones de mi padre, y lo perfeccioné durante el trienio en el liceo. En la universidad simplemente leí muchas obras. Siempre tuve profesores capaces y exigentes. Pero puedo decir sin presunción que el latín lo aprendí solo: con la pasión, con la dedicación, con la curiosidad. Si la profesora nos asignaba una versión, yo traducía tres o cuatro. Traducía cada día, aunque no fueran deberes para el día siguiente. Ade-

más del texto adoptado, utilizaba dos o tres versiones, que me procuraba en la biblioteca de los profesores, y de ahí pescaba a manos llenas. Un buen momento para traducir era por la tarde, antes de acostarme. Elegía las versiones más difíciles, marcadas con tres asteriscos. Por la noche, durante el sueño, hablaba en latín. Al menos esto es lo que contaba mi padre, que se acercaba a mi habitación atraído por mi voz.

Nunca vertí mis traducciones en un cuaderno o un folio: las hacía mentalmente y las recordaba. Cuando me preguntaban, las repetía o las recreaba en el momento, junto al pupitre, ante el texto latino. No me gustaba escribir en una página *una* versión. Sentía que la escritura solo servía para legitimar la imperfección del resultado, para fijar los posibles errores. Mejor confiarlo todo a la mente. Allí la versión podía mejorarse o, mejor dicho, seguía mejorándose, el sentido se convertía en parte de la memoria, disipándose las vaguedades y llenándose los espacios en blanco, porque a la memoria no le gusta lo que no concuerda, ni tampoco las cosas incompletas.

Y aquí estoy, dispuesto a escribir un libro que transmita o al menos intente transmitir el amor al latín, a comunicar algo de aquella taquicardia gozosa, aquel sentido de progresión que aún acompaña, pese a mi mayor experiencia, mi lectura de esa lengua. No se trata de una gramática ni de una historia lingüística o literaria, sino de un ensayo sobre la belleza del latín.³

Para ello cuento con una familiaridad bastante estrecha con los textos y también con la lectura de muchos estudios especializados, recientes o no. Pero también es cierto que cuanto se lea en las páginas siguientes se debe, básicamente, a un nuevo esfuerzo de profundización y de intuición, a un anhelo de reenamoramiento, y también a relecturas y nuevas reflexiones que han respaldado paso a paso la escritura, movilizándolo toda mi sensibilidad, esa misma que, según creo, me sostiene cuando compongo una poesía o construyo una novela.

Me referiré, para subdividir la exposición en apartados, a autores y pasajes específicos (todos ellos traducidos por mí, excepto en un caso, como señalaré), reduciendo al mínimo los tecnicismos y evitando asimismo abordar —en aras de una mayor linealidad— las relaciones de

dependencia entre el latín y el griego. Quede claro que autores y fragmentos no se emplearán aquí como si figurasen en una historia de la literatura latina: en este libro ambos son «episodios» de la vida del latín, y no forzosamente aparecerán en orden cronológico; son aquello que el latín lleva a cabo, lo que consigue en un cierto momento, en determinadas circunstancias y situaciones, y deposita en una larga tradición, que aún sigue avanzando. Por tanto, el autor no tiene la función de individuo, sino de momento lingüístico. Cuando hablemos de Cicerón o de Virgilio, no se tratará propiamente del latín de Cicerón ni del de Virgilio. Más bien se tratará de aquello que el latín lleva a cabo y consigue cuando surge del estilo de Cicerón o del estilo de Virgilio (y también aquí hay que distinguir, ya que Virgilio no es una persona, sino una suma de fenómenos lingüísticos, que varían según los textos). Por otra parte, siempre he creído, incluso fuera del ámbito de la latinidad, que los escritores concretos solo encarnan las condiciones empíricas a través de las cuales a las lenguas les es permitido intentar nuevas vías de transformarse. No ignoro que se habla de estilo personal, que el estilo distingue esto de aquello: pero, en última instancia, el estilo es solo una circunstancia en la vida de una lengua.

Este libro se dirige, ante todo, a los jóvenes de las escuelas, chicas y chicos, quienes más que nadie intentan hallar un sentido a lo que hacen y a lo que ven. Por otra parte, también confío llegar con estas páginas a los menos jóvenes, expertos o no; ayudar tal vez a algún antiguo alumno del liceo a revivir el placer de un estudio añorado o desaprovechado, por alguna razón, lejano en el tiempo y ahora desvanecido, y mostrar algo vital y necesario a políticos y enseñantes, comerciantes y médicos, abogados y escritores; así como a todas aquellas personas que nunca se han planteado el problema del latín y que hoy, sin prejuicios, sin miedo ni repulsiones abstractas, tengan ganas de saber algo de él, así, por *curiosidad*.

Ya estaré bastante contento si he hecho comprender, aunque sea a unos pocos, por qué el latín es una lengua importante, y por qué conocerlo o, al menos, intuir sus propiedades —exactamente como conocer otros aspectos importantes del mundo, como la música, el arte, la ciencia o un espectáculo de la naturaleza— puede realmente proporcionar aliento a nuestros días.

2

¿QUÉ ES EL LATÍN?

El latín es la lengua de la antigua ciudad de Roma y de la civilización que se originó en ella y desde la cual se difundió durante muchos siglos en un territorio muy amplio, el llamado «imperio», convirtiéndose en medio de expresión y comunicación para una gran parte de la humanidad, en forma escrita y oral, y proporcionando aún en la edad moderna, mucho tiempo después de que el latín hablado diese lugar a idiomas distintos (las llamadas «lenguas romances»), un medio de expresión a poetas, literatos y estudiosos de diversas disciplinas.

El latín es la lengua de las instituciones jurídicas, de la arquitectura y de la ingeniería, del ejército, de la ciencia, de la filosofía, del culto y —lo que aquí más nos interesa— de una literatura espléndida, que ha servido de modelo a toda la literatura occidental de los siglos posteriores. No hay campo de la creatividad lingüística y del saber que no se exprese en latín de maneras excelentes y modélicas: la poesía (épica, elegía, epigrama, etc.), la oratoria, la comedia, la tragedia, la sátira, la carta confidencial y la oficial, la novela, la historia, el diálogo y también la filosofía moral, la física, la jurisprudencia, la doctrina culinaria, la teoría del arte, la astronomía, la agricultura, la meteorología, la gramática, las ciencias de la Antigüedad, la medicina, la técnica, la medición, la religión.

El latín literario, en cientos de obras maestras, habla de amor y de guerra, razona sobre el cuerpo y el alma, teoriza el sentido de la vida y los deberes del individuo, el destino del alma y la estructura de la materia, canta la belleza de la naturaleza, la importancia de la amistad, el

dolor por la pérdida de las cosas amadas; y critica la corrupción, medita sobre la muerte, sobre la arbitrariedad del poder, sobre la violencia y sobre la crueldad; y construye imágenes de interioridad, confecciona emociones, formula ideas sobre el mundo y sobre la vida civilizada. El latín es la lengua de la relación entre el uno y el todo; de la compleja confrontación entre libertad y constricción, entre privado y público, entre vida contemplativa y vida activa, entre provincia y capital, entre campo y ciudad... Y es la lengua de la responsabilidad y del deber personal; la lengua de la fuerza interior; la lengua de la propiedad y de la voluntad; la lengua de la subjetividad que se interroga ante la superstición, la lengua de la memoria. La intención habla latín; la protesta habla latín; la confesión habla latín; la pertenencia habla latín; el exilio habla latín; el recuerdo habla latín.

El latín es el más vistoso monumento a la civilización de la palabra humana y a la fe en la posibilidad del lenguaje. Recuerdo ahora una carta de Plinio el Joven (c. 62-112 d. C.), que exalta la versatilidad y la pericia lingüística de un tal Pompeyo Saturnino. Plinio habla de «ingenium [...] varium, flexibile, quam multiplex», donde por «ingenium» hay que entender no el ingenio construido por la voluntad, sino una propensión natural (de hecho, la palabra contiene la raíz «gen-», que indica el nacimiento), a la que nosotros denominamos, con otra palabra de origen latino, «talento».⁴ En suma, Pompeyo Saturnino está *hecho* para cualquier forma de expresión verbal: el litigio jurídico, la narración histórica, los versos, la carta. Y no le falta nada: es fluido y sublime, ligero y grave, dulce y áspero, según la conveniencia. Y Plinio no cesa de leerlo y admirarlo, como uno de los grandes de la Antigüedad. Es una verdadera lástima que, como ha ocurrido con otros grandes escritores, no nos haya llegado nada de él.

Decir *latín* significa, por encima de todo, decir un esfuerzo para organizar el pensamiento en discursos equilibrados y profundos, para seleccionar los significados de la manera más pertinente posible, para coordinar los vocablos en un orden armónico, para explicar verbalmente incluso los estados más huidizos de la interioridad, para creer en la expresión y en la demostración, para registrar lo contingente y lo transitorio en un lenguaje que perdure más allá de las circunstancias.